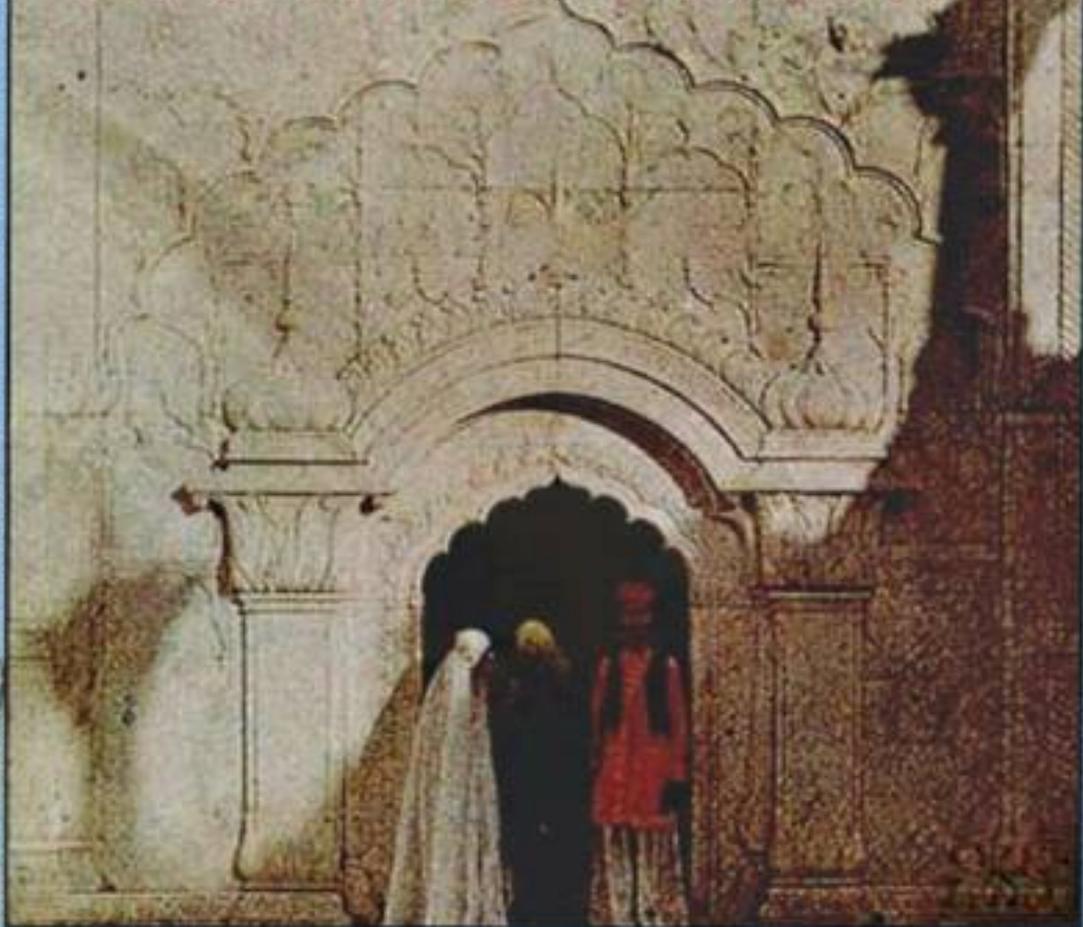


EL HANDICAP
DE LA VIDA

RUDYARD KIPLING



El hándicap de la vida (1891) recoge un conjunto de narraciones escritas para *The MacMillan's Magazine* y ambientadas, como la mayor parte de su obra primeriza, en la India colonial, verdadero cosmos en el que conviven multitud de religiones, lenguas y razas, que han dejado en el ambiente un tenue aroma de misterio, en medio del cual campa por sus respetos toda una pléyade de demonios y dioses sanguinarios a los que continuamente hay que aplacar.

*Me crucé con cien hombres en el camino a Delhi
y todos ellos eran mis hermanos.*

Proverbio nativo

A
E.K.R. de R.K.
1887-89
C.M.G.

P R E F A C I O

EN India septentrional se alzaba un monasterio conocido bajo el nombre de Chubára de Dhunni Bhagat. Nadie recordaba quién ni qué había sido Dhunni Bhagat. Ese hombre había vivido su vida, había hecho algún dinero y lo había gastado todo, como cualquier buen hindú ha de hacer, en una obra piadosa: el Chubára. Estaba lleno de celdas de ladrillo, pintadas con amenas figuras de dioses, reyes y elefantes; allí los sacerdotes cansados podían sentarse a meditar sobre el fin último de las cosas; sus caminos también eran de ladrillo, y los pies descalzos de miles de personas los habían convertido en arroyuelos. Macizos de mangos brotaban de entre las grietas del suelo; grandes higueras de Bengala sombreaban la polea del pozo, que chirriaba durante todo el día, y un ejército de loros se perseguía entre los árboles. Cuervos y ardillas eran mansos en aquel lugar, porque sabían que ningún sacerdote los tocaría jamás.

Los mendigos errantes, los vendedores de amuletos y los vagabundos sagrados de cien millas a la redonda solían hacer del Chubára su lugar de reunión y descanso. Musulmanes, sijs e hindúes se mezclaban por igual bajo los árboles. Eran hombres viejos, y cuando un hombre ha llegado al umbral de la Noche, todos los credos del mundo le resultan una maravilla de semejanza y ausencia de color.

Gobinda, el tuerto, me contó esto. Era un hombre santo que vivía en una isla, en medio del río, y daba de comer a

los peces migajas de pan dos veces al día. En la estación de las inundaciones, cuando los cadáveres hinchados varaban en las playas de la isla, Gobinda se ocupaba de que fuesen piadosamente quemados, por el honor de la humanidad, y pensando en sus propias relaciones futuras con Dios. Pero cuando dos tercios de la isla fueron arrasados por una riada, Gobinda cruzó el río hasta el Chubára de Dhunni Bhagat, junto con su recipiente de latón y la cuerda para hundirlo en el pozo en torno al cuello, su muleta corta tachonada con clavos de latón, su jergón enrollado, su gran pipa, su paraguas y su sombrero cónico, en el que se mecían unas plumas de pavo real. Se arropó en su colcha de remiendos, hecha de todos los colores y materiales del mundo, se sentó en un rincón soleado del muy tranquilo Chubára y, con el brazo apoyado en su muleta de agarraderas pequeñas, aguardó la muerte. La gente le llevaba comida y ramilletes de caléndulas y él, a cambio, les daba su bendición. Estaba casi ciego y su cara se veía surcada, agrietada, arrugada más allá de lo creíble, porque había vivido su tiempo, que era el anterior a aquel en que los ingleses estuvieron a menos de quinientas millas del Chubára de Dhunni Bhagat.

Cuando llegamos a conocernos bien el uno al otro, Gobinda me contaba cuentos con una voz que recordaba el fragor de la artillería pesada sobre un puente de madera. Sus relatos eran reales, pero ni uno solo de veinte hubiese podido ser publicado en un libro inglés, porque los ingleses no piensan como los nativos. Los ingleses se recrean en asuntos que un nativo dejaría de lado hasta una ocasión adecuada; y en lo que ellos no pensarían dos veces, un nativo se recreará hasta una ocasión adecuada: de modo que el nativo y el inglés se miran uno a otro sin esperanzas a través de océanos de incompreensión.

—¿Cuál es —me dijo Gobinda un domingo por la tarde— tu honorable trabajo y cuáles son los medios por los que te ganas el pan cotidiano?

—Soy un *kerani* —dije—, un hombre que escribe con una pluma sobre un papel, aunque no al servicio del Gobierno.

—¿Y qué escribes, entonces? —dijo Gobinda—. Acércate, por favor, porque no puedo ver tu rostro y se va la luz.

—Escribo sobre todo aquello que está al alcance de mi entendimiento y también sobre muchas cosas que no lo están. Pero en especial escribo acerca de la Vida y de la Muerte, de hombres y mujeres, del Amor y del Destino, de acuerdo con la medida de mis habilidades, poniendo el relato en boca de una, dos o más personas. Después, con el favor de Dios, los cuentos se venden y aumenta mi dinero en lo necesario para mantenerme vivo.

—Pues incluso así —dijo Gobinda—, ese trabajo es el de un cuentista de mercado, aunque él habla directamente a hombres y mujeres y no escribe nada. Sólo cuando el cuento ha despertado expectación y las calamidades están a punto de precipitarse sobre los virtuosos, se detiene de pronto y pide que le paguen para continuar su relato. ¿Ocurre lo mismo en tu trabajo, hijo mío?

—He oído que sucede algo así cuando se trata de un cuento muy largo, que se vende como un pepino, en trozos pequeños.

—Ah, en tiempos yo fui un famoso cuentista, cuando mendigaba en la carretera que va de Koshin a Etra, antes de mi última peregrinación a Orissa. He narrado muchas historias y oído muchas más en las posadas, por la noche, cuando estábamos contentos después de la marcha. En el fondo de mi corazón sé que los adultos no son más que chiquillos en cuestión de cuentos, y el cuento más antiguo es el máspreciado.

—Así es entre tu gente —dije yo—. Pero los nuestros quieren relatos nuevos y, cuando ya están escritos, se ponen en pie y declaran que esos cuentos estarían mejor hechos de tal y cual manera y ponen en duda la veracidad o la inventiva de la historia.

—¡Qué locura ésa! —dijo Gobinda alzando su mano nudosa—. Una historia que se cuenta es verdadera mientras dure el relato. Y en cuanto a eso de que habláis de los cuentos... Tú sabes que Bilas Kan, que era el príncipe de los narradores, dijo a alguien que se burlaba de él en la gran posada de la carretera de Jhelum: «Continúa, hermano, termina lo que yo he empezado» y el que se había burlado continuó con el relato pero, como no tenía voz ni talento para narrar, llegó a un punto muerto y los peregrinos que cenaban le hicieron comer insultos y golpes por partes iguales aquella noche.

—Sí, pero los nuestros, cuando ha habido dinero por medio, están en su derecho, como podemos protestar al zapatero si se nos rompen los zapatos. Si alguna vez escribo un libro, tú verás y juzgarás.

—Y el loro le dijo al árbol que caía: «¡Espera, hermano, que traeré un rodrigón!» —dijo Gobinda, con una sonrisa desconsolada—. Dios me ha dado ochenta años, y puede que algunos más. No puedo esperar sino el día que se me otorga y aun eso es un favor en estas circunstancias. Date prisa.

—¿Cuál es la mejor forma de poner manos a la obra —pregunté—, oh, máximo artesano de entre los que ensartan perlas con su habla?

—¿Cómo voy a saberlo? Sin embargo —lo pensó por un momento—, ¿cómo no voy a saberlo? Dios ha hecho muchas mentes, pero hay un único corazón en el mundo, ya sea entre tu gente o entre la mía. Todos son niños en materia de cuentos.

—Pero nadie es tan terrible como los pequeños, si un hombre usa mal una palabra o si, en una segunda versión, cambia las cosas, por poco que sea.

—Ah, también yo he narrado cuentos a los niños, pero has de hacer esto —sus ojos cansados se pasearon por las pinturas coloridas de las paredes, por la cúpula azul y roja, por las llamas de las poinsetias que lucían más allá—. Há-

blales primero de las cosas que tú hayas visto y que también ellos hayan visto. Así su conocimiento remediará tus errores. Háblales de lo que tú solo hayas visto; después, de lo que hayas oído y, siendo como son niños, cuéntales de batallas y de reyes, de caballos y demonios, de elefantes y de ángeles, pero no dejes de hablarles del amor y de cosas similares. Toda la tierra está llena de relatos para aquel que escucha y no aleja al pobre de su puerta. El pobre es el mejor de los cuentistas, porque cada noche debe apoyar su oído en la tierra.

Después de esta conversación, creció en mi mente la idea y Gobinda me apremiaba con sus preguntas sobre la salud de mi libro.

Tiempo después, cuando hacía ya meses que no nos veíamos, en momentos en que estaba a punto de partir hacia tierras lejanas, fui a decir adiós a Gobinda.

—Esta es la despedida, porque he de emprender un largo viaje —le dije.

—También yo. Y más largo que el tuyo. ¿Pero qué ha pasado con el libro? —me dijo.

—Nacerá a su debido tiempo, si así está decidido.

—Me gustaría poder verlo —dijo el anciano, acurrucándose bajo su manta—. Pero no podrá ser. Moriré dentro de tres días, por la noche, poco antes del amanecer. El término de mis días se ha cumplido.

En nueve de cada diez casos, un nativo no se equivoca en cuanto al día de su muerte. En ese aspecto, tiene la previsión de los animales.

—De modo que partirás en paz y es una buena noticia, porque tú has dicho que la vida no te brinda deleite.

—Sin embargo, es una pena que nuestro libro no haya nacido. ¿Cómo sé que en él estará mi nombre?

—Porque prometo que en la presentación del libro, antes que ninguna otra cosa, se escribirá: «Gobinda, *sadku*, de la isla en mitad del río y a la espera de Dios en el Chu-

bára de Dhunni Bhagat, fue el primero en hablar de este libro» —le dije.

—«Y dio consejo, el consejo de un anciano. Gobinda, hijo de Gobinda de la aldea de Chumi en el *tehsil* de Karaon, del distrito de Mooltan». ¿También estará escrito eso?

—También estará escrito eso.

—¿Y el libro atravesará el Agua negra hasta llegar a las casas de tu gente, y todos los sahibs sabrán de mí, que tengo ochenta años?

—Todos los que lean el libro lo sabrán. No puedo prometer nada respecto de los demás.

—Esta noticia es buena. Llama a todos los que se hallan en el monasterio y se la daré.

Acudieron todos, faquires, *sadhus*, *sunnyasis*, *byragis*, *nihangs* y *mullahs*, sacerdotes de todos los credos, vestidos con toda clase de harapos, y Gobinda, apoyado en su muleta, les habló, y todos estaban llenos de evidente envidia, y un anciano de pelo blanco pidió a Gobinda que pensara en su fin último, en lugar de hacerlo en una reputación transitoria en boca de extranjeros. Entonces Gobinda me dio su bendición y yo partí.

Estos cuentos han sido recogidos en todos los lugares y entre toda clase de personas: sacerdotes del Chubára, Ala Yar el escultor, Jiwun Singh el carpintero, pasajeros sin nombre de vapores y de trenes de todo el mundo, de mujeres que hilan junto a la puerta de sus casas a la luz del crepúsculo, oficiales y caballeros hoy muertos y enterrados y, unos pocos —si bien los mejores— que me narró mi padre. La mayor parte de ellos han sido publicados en revistas y periódicos, con cuyos editores me siento en deuda; pero algunos son nuevos a este lado del océano, y algunos no habían visto antes la luz.

Las narraciones más notables son, por supuesto, aquellas que no están aquí, por razones obvias.

LA ENCARNACIÓN DE KRISHNA MULVANEY

Adelante, mis campeones,
hoy hacia la iglesia cabalgamos,
quien no tenga caballo,
ahora mismo ha de robarlo.

Respeto, hombres, recordad,
es la casa de Dios.
Tú, Conrad, la nave has de atravesar
y whisky nos escanciarás.

La cabalgada de Hans Breitmann hacia la iglesia

HABÍA una vez, muy lejos de Inglaterra, tres hombres que se querían tanto que ningún hombre ni ninguna mujer podía interponerse entre ellos. No sería posible decir que eran refinados, ni de los que pueden pasar más allá del felpudo de las casas de personas decentes, porque, precisamente, eran soldados rasos del Ejército de Su Majestad, y los soldados rasos de nuestro servicio tienen poco tiempo para ilustrarse. Su deber consiste en mantenerse a sí mismos y a su equipo limpios, sin mancha, abstenerse de borracheras más frecuentes de lo necesario, obedecer a sus superiores y rogar por que haya una guerra. Con todo eso cumplían mis amigos, y por propia iniciativa agregaban alguna riña que no estaba contemplada en las ordenanzas militares. Su destino los llevó a servir en India, que no es un país dorado, aunque los poetas hayan cantado lo contrario. En esa tierra los hombres mueren muy pronto y los que viven sufren muchas y raras desgracias. No creo que mis ami-

gos se interesaran en exceso por los aspectos sociales o políticos de Oriente. Intervinieron en una guerra no poco importante en la frontera norte, en otra en nuestros límites occidentales y en una tercera en Alta Birmania. Entonces su regimiento se acantonó para reclutar nuevos efectivos y la monotonía ilimitada del acantonamiento fue lo que les tocó en suerte. Llevaban a cabo sus ejercicios mañana y tarde en el mismo polvoriento patio de revistas. Vagaron, arriba y abajo, por el mismo tramo de carretera blanca polvorienta, acudieron a la misma iglesia y a la misma taberna, y durmieron, en el mismo pajar encalado de una barraca, durante dos largos años. Uno de ellos era Mulvaney, el primero en el oficio, que había servido en distintos regimientos desde Bermudas hasta Halifax, viejo en la guerra, lleno de cicatrices, temerario, listo y, en sus horas piadosas, un soldado sin igual. A él fue en busca de ayuda y consuelo un hombre de Yorkshire, seis pies y medio de estatura, movimientos lentos, pasos pesados, nacido en los llanos, criado en los valles y educado, sobre todo, entre los carros de los transportistas, detrás de la estación de York. Su apellido era Leary y su principal virtud, una paciencia sin límites que le ayudaba a ganar las peleas. Cómo fue que Ortheris —algo así como un foxterrier de un *cockney*— llegó a ser miembro del trío es un misterio que todavía hoy no puedo explicar.

—Siempre seremos tres —solía decir Mulvaney—. Y por la tumba del Señor que, mientras dure nuestro servicio, seguiremos siendo tres. Es como debe ser.

No deseaban más compañía que la propia, y nada bueno le esperaba a cualquier hombre del regimiento que intentara pelear con ellos. Un enfrentamiento físico estaba fuera de lugar ante Mulvaney y el de Yorkshire; y un ataque a Ortheris significaba la respuesta combinada de los otros dos, algo que ni siquiera cinco hombres hubiesen aceptado tener entre manos. De modo que medraron, compartiendo sus tragos, su tabaco y su dinero, la buena suerte y la mala, la guerra y la posibilidad de morir, la vida y la posibilidad

de ser felices, desde Calicut, en la India del sur, hasta Peshawar, en la del norte.

No fueron méritos propios sino la buena fortuna lo que me llevó a ser admitido hasta cierto punto en su amistad por los tres: con franqueza por parte de Mulvaney, desde un principio; con adustez y renuencia por Learoyd y con sospechas por Ortheris, que sostenía que ningún hombre que no estuviese en el Ejército podía fraternizar con un cascaca roja.

—Cada oveja con su pareja —decía—. Yo soy un maldito soldado y él es un maldito paisano. No es lo natural, y no hay más^[1].

Pero había más. Se ablandaron poco a poco y en el ablandamiento me contaron de sus vidas y aventuras más de lo que yo pudiera llegar a escribir.

Sin entrar en detalles, este relato comienza con la Sed Lamentable que estuvo en la raíz de las Primeras Causas. Nunca hubo semejante sed, así me lo explicó Mulvaney. Ellos reaccionaron contra su virtud compulsiva, pero el esfuerzo alcanzó el éxito sólo en el caso de Ortheris. Él, que tantos talentos poseía, marchó hacia las carreteras y robó un perro de un «paisano», *videlicet* alguien, no sabía quién, que no estaba en el Ejército. Pues bien, aquel paisano hacía poco que había emparentado por matrimonio con el coronel del regimiento y en el cuartel se generó el alboroto menos previsible del mundo para Ortheris y, por fin, se vio forzado, para que no se produjesen males mayores, a disponer por un precio ridículamente poco provechoso del más prometedor de los cachorros de terrier que jamás hubiese jerarquizado el extremo de una cadena. El dinero obtenido apenas bastó para un breve desacato que lo llevó al cuarto de la guardia. Sin embargo, salió con no más que una reprimenda severa y unas pocas horas de ejercicios como castigo. No por nada había adquirido la reputación de ser «el mejor soldado que viste y calza» en el regimiento.

Mulvaney había enseñado a sus compañeros, como primer artículo de su credo, el aseo personal y la eficiencia.

—Un hombre sucio —solía decir con su especial forma de hablar— va a dá en la trena porque le tiemblan las rodillas y le montan consejo 'e guerra porque le falta un par de calcetines, pero un hombre limpio, tan limpio que sea un adorno pa' sus compañeros, un hombre que lleve los botone como de oro, que tenga una chaqueta tiesa como la cera y que en el equipo no haya dejao pasá una mancha, ese hombre puede, si esiste la razón, hacé lo que quiera y bebé como un demonio. Eso es lo bueno de ir decente.

Cierto día estábamos sentados a la sombra de un barranco, lejos del cuartel, donde en época de lluvias corría un arroyo. Detrás nuestro se alzaba una selva de malezas en la que se supone que habitan chacales, pavos reales, zorros grises de las provincias del noroeste y a veces algún tigre de India central, que se haya extraviado. Al frente teníamos el cuartel, resplandeciendo, blanco, bajo el resplandor del sol, y a cada lado corría la ancha carretera que llevaba a Delhi.

Aquella maleza me sugirió cuánta era la sabiduría de Mulvaney al tomarse un permiso de un día para salir de caza. El pavo es un ave sagrada en toda la India y el que mate a uno corre el peligro de ser atacado por los campesinos que le vean; pero en una ocasión anterior en que Mulvaney había salido, se había arreglado para volver, sin ofender en nada las susceptibilidades locales, con el bello plumaje de seis pavos reales, que había vendido muy bien. Es decir que parecía posible...

—¿Pero de dónde sale esto de tené que largarme sin un trago? El suelo no es más que polvo bajo los pié y parece que te se mete en la garganta pa' matarte —se lamentaba Mulvaney, mirándome con aire de reproche—. Y un pavo reá no es un pájaro al que se pueda cogé la cola, a menos que corras. ¿Quién puede corré con agua, con ná má que agua de la selva?

Ortheris había considerado el problema con todas sus proyecciones. Habló mientras masticaba el cañón de su pipa, con aire meditativo:

*—Adelante, vuelve cubierto de gloria
Al regio hogar de Clusium:
Y cuelga ante los templos condenaos
Los condenaos escudos romanos.*

Será mejor que vayas. No es probable que te pegues un tiro, siquiera mientras haiga la posibilidad de bebida. Yo y Learoyd nos quedaremos en casita, a cuidar de la tienda, no sea cosa que vaya a pasar algo. Pero tú te vas, con tu escopeta, y te coges a esos pavos reales o lo que fuese. Me parece que te darán un día de permiso zumbando. Así que, ¡arrea!, te lo dan y te traes esos pavos reales o lo que fuese.

—Jock —dijo Mulvaney, volviéndose hacia Learoyd, que estaba semidormido a la sombra del terraplén. Learoyd se levantó sin prisa.

—Vale, Mulvaney, ve —dijo.

Y Mulvaney se marchó, maldiciendo a sus compañeros con envidia irlandesa y con pertinencia cuartelera.

—Tomar nota —dijo cuando, obtenido su permiso, apareció con sus ropas de campaña y la única escopeta de caza del regimiento en la mano—, tomar nota, Jock y tú, Orth'ris, que no me marchó por mi propia voluntá, que me voy por daros gusto a vosotros. No me fío yo de lo que salga de esta cosa permiscua de ir detrás de los pavos reales en una comarca desolá; y bien me sé yo que me voy a quedar tirao por ahí y que me voy a morir de sé. ¡Ay, que tenga que ir a cazar pavos reales pa' vosotro, tíos holgazanes... y que los labriego me echen mano! ¡Aj!

Agitó su manaza y se marchó.